

1

M

iraba ansioso su móvil, había quedado a las diez y media con sus amigos y no llamaban.

—¿A qué están esperando? —pensó nervioso—, saben lo importante que es la puntualidad si queremos encontrar a «nuestros amigos». —Una sonrisa se dibujó en su cara de facciones casi perfectas.

Jorge tenía 17 años y medía poco más de uno setenta, era de piel clara y de ojos oscuros y grandes. Su pelo, castaño claro, siempre muy bien cuidado y cortado con un estilo juvenil y desenfadado.

Era un chico bastante atractivo, con porte varonil y atlético. Vestía como todos los jóvenes de su edad, pero sin seguir ningún patrón de moda establecido, Jorge mezclaba todos los estilos. Decía que su estado de ánimo era el que marcaba su moda, no la moda a él.

Y no le había ido mal; conquistaba a todo el mundo con su físico y, sobre todo, los conquistaba con su espléndida y espectacular sonrisa.

Él lo sabía, era consciente de ello desde niño. Sabía que con una de sus seductoras sonrisas ganaba todo lo que quería y lo que se proponía. Sabedor de su poder, la confianza en sí mismo aumentaba cada día, volviéndose más arrogante y narcisista a medida que pasaba el tiempo.

No estaba acostumbrado a esperar las llamadas de sus colegas, siempre era él quien decidía cuándo y dónde quedar, así que generalmente eran ellos los que tenían que esperar a que los llamara él.

No tenía muchos amigos, pero los que tenía, lo eran desde la infancia y le eran totalmente fieles e incondicionales.

Habían formado un grupo de dos chicas y tres chicos. Él era el líder, y hoy, por tener una cena familiar, le tocaba esperar a que llamaran.

Volvió a mirar incrédulo y nervioso su silencioso iPhone, por supuesto último modelo, regalo de sus padres por los buenos resultados de las notas finales de primero de Bachillerato, que le garantizaban casi con seguridad su próxima entrada en la universidad.

Le faltaban todavía el segundo curso y la selectividad, pero todos los daban ya por superados. Sus confiados y orgullosos padres, no tenían la menor duda de ello. Eran muy conscientes de la capacidad intelectual de su hijo. También sabían que no se esforzaba todo lo que podía, eso es lo que contaban sonrientes cuando hablaban de él. Presumían de lo buen chico, educado y correcto que era, «la envidia de muchos padres —solía decir Ángeles, la madre de Jorge—, la clase de chico que hoy en día no existe; siempre es simpático y amable con todos, solo tiene un defecto, por decirlo de alguna manera —comentaba con una sonrisa algo vanidosa—... su forma de vestir. Esos pantalones caídos que a veces lleva, como todos los chicos de su edad...», pero reconociendo, con total normalidad, que a él le quedaban mejor.

Jorge se retiró los mechones de pelo de su frente y volvió a mirar nervioso su iPhone. Habían terminado ya de cenar y pasaban más de diez minutos de la hora acordada y no llamaban. Le parecía increíble, empezaba a pensar en llamar, pero no se decidía porque no quería ser él quien rompiera la reunión familiar.

Volvió a mirar inquieto el pequeño aparato, justo en el mismo momento que empezaba a sonar su canción favorita, avisándole de la llamada que tanto esperaba.

Se acercó el móvil al oído, mirando y sonriendo a sus padres y abuelos en señal de falsa disculpa.

—Vale —contestó—, en seguida voy. —Le habría gustado chillarles por la tardanza, en cambio se limitó a decirles con tranquilidad—: cinco minutos y estoy ahí.

Cerró el móvil y con su mejor sonrisa se dirigió a sus progenitores.

—Celebramos el fin de curso y hemos quedado todos para salir. ¿No os importa que os deje y vaya, verdad?

—No te preocupes, hoy te toca disfrutar —le dijo comprensiva Ángeles, recordando las tres semanas que se había pasado su pobre hijo estudiando sin salir ni apenas dormir, estresado y cansado por los exámenes finales—. Pasadlo bien, pero tened cuidado, ya sabéis la clase de gente que hay por ahí.

—Te llamaré —le dijo Jorge para tranquilizarla—. No te preocupes, ya sabes con quién estoy. No habrá ningún problema —le aseguró confiado.

—Cariño —sonrió Ángeles mirando a su marido—, págale a tu hijo, se merece una buena recompensa por tanto esfuerzo.

El padre, encantado, sacó de su cartera dos billetes de cincuenta y otro de cien euros y se los entregó con satisfacción al muchacho, ante la mirada comprensiva de la madre y los abuelos del joven.

Jorge cogió el dinero con una ligera sonrisa de agradecimiento, y lo guardó en su billetero. Sus padres no se dieron cuenta de que llevaba bastante más en otro apartado de su cara y sofisticada cartera de piel.

Estaba acostumbrado a llevar un buen repuesto de billetes, eso también lo hacía diferente —pensó la madre complacida.

Tenían por costumbre no preguntarle ni mirar con cuánto volvía a casa. Nadie le controlaba si gastaba mucho o poco. Nunca les había dado motivos para desconfiar de él, ¿no? —decían confiados—. ¿Para qué interrogarle como tenían que hacer otros pobres padres con sus hijos?

Quizás, si hubiesen mirado detenidamente la transformación de la cara de... su buen hijo, habrían observado que la sonrisa cautivadora con la que se despedía de ellos se transformaba en una sonrisa maliciosa y despectiva.

Era la sonrisa del sábado, la sonrisa de batalla, donde Jorge se transformaba en el líder de su grupo contra moros, sudamericanos, negros o cualquier otro «inmigrante asqueroso», que se cruzase con ellos —como él solía describirlos, riendo con desprecio ante sus inseparables amigos.

Impaciente y nervioso salía del salón de su casa para dirigirse a toda prisa en dirección a donde lo esperaban sus colegas.

Tardó cinco minutos en llegar, posiblemente menos, tenía prisa y sus zancadas rápidas y largas lo llevaron casi volando hasta ellos.

Al llegar a la mitad de la calle Colón, vio las farolas que iluminaban la pequeña y acogedora plaza Clavé, donde casi siempre quedaban para planear las salidas nocturnas y la diversión de los fines de semana. Desde sus cómodos bancos decidían qué hacer y a dónde ir. Más de una vez se habían quedado allí sentados, al fresco de los altos árboles, sin hacer otra cosa que discutir o reír durante horas, dejando que el tiempo pasara tranquilamente. Hacía varios años que su centro de reunión era la plaza de Anselmo Clavé. Allí fue donde empezaron a reírse y burlarse de los demás, sobre todo de los extranjeros, a los que cada vez aceptaban menos y odiaban mucho más.

2

Jorge sonrió al ver a sus amigos sentados en el banco que quedaba a la derecha de la cuadrada plaza. Todos menos Nando que, como siempre, estaba de pie. Él fue el primero en divisarlo.

—Ya estamos todos —dijo señalando y sonriendo en la dirección que llegaba Jorge.

—Ya os vale... —les dijo este con mala cara—, podíais haber llamado antes. Llevo esperando más de una hora, seguro que ya vamos tarde. Al menos habréis pensado que hacer, ¿no?

—Casi son las once... —le contestó Nando—, ya no hay prisa, no habrá nadie. Sabes que a estas horas nos esquivan todos —sonrió seguro de lo que decía, y de que sabían que se refería a los inmigrantes que, conocedores de los problemas nocturnos, decidían retirarse pronto, evitando así tensiones y encuentros no deseados con «los niñatos», que era como los de fuera llamaban a los nuevos racistas.

—Bueno, mejor —dijo Mónica agradecida de que fuera tarde. A ella y a Luis no les divertía, como a sus tres amigos, el juego y el acoso a los extranjeros. Los dos participaban no muy convencidos. Aunque siempre, convencidos o no, participaban.

—Podemos ir a tomar algo a Tonos —les dijo ella—, tengo sed, y prefiero escuchar música que dar vueltas tontamente por ahí —miró a Mabel, que asintió a su propuesta.

Los tres chicos prácticamente las ignoraron y siguieron hablando de lo suyo. Nando seguía riéndose del horario de los de fuera.

—Se esconden pronto —dijo burlándose—, son como ratas.

Mónica los miró un poco impaciente y con ganas de irse, e inconscientemente los empezó a analizar. Pensó que Jorge destacaba entre los otros dos chicos.